

Nuno Júdice

En las ciudades en las que sopla el viento

Las mujeres se recuestan a la puerta por donde
 el occidente. Sus cabellos están mojados por el
 pero ellas saben que el occidente los enjuagará.
 Las mujeres
 fuman con boquillas de oro y de plástico: el humo
 les sale de los labios pintados. El viento del norte
 les empuja el humo
 rojo para el sur, donde las nubes manchadas
 de labial
 también esperan el occidente. Las mujeres se
 adormecen
 recostadas a las vitrinas del occidente. Del otro
 lado de las vitrinas, los criados
 les muestran las bandejas de café y de pasteles
 de arroz; y las mujeres
 retocan sus labios antes de entrar en el café
 para sentarse
 en las mesas del occidente, cruzando las piernas
 para que los hombres
 del norte les vean las rodillas y la parte más
 blanca
 de la pierna, antes de que la sombra del occidente
 la esconda de sus ojos. En ese
 café, esperé el occidente. Me senté en la mesa
 frente al café y el pastel
 de arroz; quise el muslo de las mujeres que
 cruzaban las piernas, esperando
 que la sombra de occidente las protegiese de la
 mirada de los hombres; bebí
 el agua que escurría de sus cabellos mojados
 por el viento del norte, y sentí
 el frío del norte escurrirme por la garganta. Oí
 la risa de esas mujeres. Recogí

las palabras que ellas dejaban caer en las mesas
 por donde pasaban; las limpié del rojo
 de los labiales, para que occidente no fuese a
 encontrar sus palabras manchadas
 como las nubes del sur. Vi a esas mujeres salir
 del café, al final de la tarde, y
 desaparecer por detrás de las montañas
 donde occidente no había llegado. Me quedé con
 su llanto. Me quedé
 con sus cabellos mojados en mis manos; y los
 tiré en medio de la plaza,
 esperando que los vientos del sur los secaran.
 Esos cabellos se agitan por
 entre las copas
 de los árboles donde los pájaros del sur todavía
 cantan. Me golpean la cara. Atravieso
 la plaza sin mujeres, y veo caer sus cabellos con
 la tarde, como
 si el occidente ya hubiese llegado a esta ciudad
 de hombres
 sentados en las mesas del norte, bebiendo cafés,
 sin tener mujeres
 con piernas hacia las que mirar, en cuanto pasan
 tiempo
 a la espera del occidente.

El lugar de las cosas

Me gustan las palabras exactas, las que aciertan
 en el centro de las cosas, y cuando las encuentro
 es como si las cosas saliesen de dentro de ellas.
 Esas palabras son duras como los objetos
 que designan, piedra, tronco, hierro, el vidrio
 de espejos quebrados con el calor de la tarde.
 Intento incendiarlas cuando escribo, como si
 el fuego saliese de dentro de la frase, y se
 esparciese

por el campo de la página en una devastación
de sílabas.
Entonces, tiro sobre las palabras otras palabras,
agua, polvo, tierra, el aire seco del verano, para
que la voz
no resulte quemada en este paisaje negro.

Recojo los restos, los adjetivos, los adverbios,
artículos, preposiciones, para que sólo las
palabras que apuntan
las cosas queden en el lugar que ya tenían.

Poco importa que las frases pierdan sentido.
Quedan los nombres de las cosas, para que las
cosas salgan
de dentro de ellos y las podamos ver en su sitio.

Fotografía blanca

Veo esta situación con la nitidez del fotógrafo:
la cabeza posada en la mano derecha, un cigarro
preso a los dedos, la mirada perdida en casi
nada. Invento la imagen que se forma
en tu cabeza a partir de esa nada: una
nube; y dentro de esa nube todas
las formas del sueño. Sin embargo, el cielo no
te perturba el pensamiento: ni los vientos
que traen y se llevan las nubes, como
barcos en el océano de tu memoria. Y
vuelvo a la situación inicial: tú, sentada en la
mesa, para que yo te pueda fijar
con la nitidez del fotógrafo, me miras
como si estuviese frente a ti; y
tu mirada apaga el tiempo y la distancia,
desenfocando la imagen, como si el humo

del cigarro te envolviese el rostro, y
te trajera de vuelta a mí, como
nube, o sueño, que el viento disipa.

En Lisboa

Entras en el café y te sientas en la mesa que
todavía no limpiaron, como si no pudieras
escoger. Apartas de ti el cenicero, la taza todavía
tibbia, la copa de aguardiente bebida hasta la última
gota, y sacudes los cabellos para que las sombras
que allí estuvieron se disipen. Tus ojos
quedan presos al techo, mirando un papel para
atrapar moscas que allí quedó desde un verano
lejano. Manchas de humedad y de humo,
y yeso a la vista, componen el cuadro
abstracto donde procuras un sentido para
aquello que te falta. Tus manos vacilan, sobre
las piernas, como si no hubieses decidido
qué hacer. Pero si volvieras a salir, ¿a dónde
irías, ahora que la tarde cayó y ya no
se ve quién pasa del otro lado de la vitrina? Y
si te quedaras ¿quién podrá llegar, a esta hora,
para no dejarte solo contigo mismo, en esa mesa
que el mesero demora en venir a limpiar? Sin saber
el porqué, guardé tu imagen, y ando con ella
en este poema que sabe tu nombre, sin nunca
decirlo,
como si le hubiese pedido que guardara el secreto.

Nuno Júdice (Portugal)

Nació en Mexilhoeira Grande en 1949. Es autor de una vasta obra poética. Ha escrito también libros de ensayo, ficción y teatro. A él se le debe la traducción de *Um país que sonha: cem anos de poesia colombiana* (Lisboa, 2012). Es profesor de Literatura Comparada y Teoría de la Traducción en la Universidade Nova de Lisboa. Es uno de los autores más importantes de la lengua lusitana, siendo quizá el poeta portugués contemporáneo más conocido internacionalmente.